

NOVELA GRÁFICA

LES MOHAMED

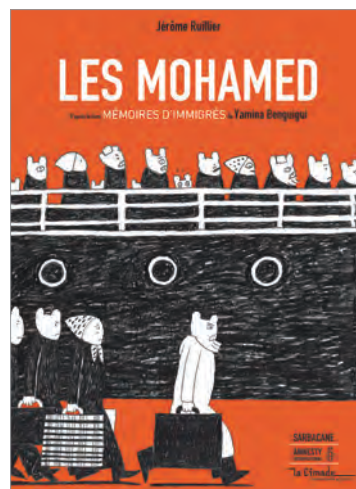
Jérôme Ruillier

Traducción de Carolina Magis Weinberg

Les Mohamed es una reflexión sobre la Francia contemporánea, su evolución, su mestizaje, sus miedos y la manera en la que se ha construido la reivindicación por la igualdad y la justicia social. Jérôme Ruillier nos hace (re)descubrir la historia de la inmigración del Magreb en Francia a través de conmovedores testimonios de vida divididos en tres secciones: los padres, las madres y los hijos. Su narración visual y textual da cuenta de la lucha identitaria que supone esta migración y de los efectos cotidianos del racismo.

Este trabajo es una interpretación desde la novela gráfica de la obra original de Yamina Benguigui, *Mémoires d'immigrés: l'héritage maghrébin*, quien recolectó en formato de película y de libro los testimonios de diferentes generaciones de inmigrantes que viven en Francia, originarios de diversas partes: Marruecos, Túnez y Argelia. Estremecido por estas historias, Jérôme Ruillier hizo dibujos y trazos inspirados en el material fílmico y en los textos para adaptar la obra de Benguigui.

Entre el deseo y la desilusión del inmigrante, en la sección del libro dedicada a los hijos, recorreremos la vida del adolescente Wahib que tiene que enfrentarse a la realidad y la opresión con la que viven los migrantes argelinos en Francia.



Les Mohamed, Éditions Sarbacane, Paris, 2019. Se reproduce con autorización. Jérôme Ruillier (Madagascar, 1966) estudió artes decorativas en Estrasburgo, Francia. Trabaja actualmente en Isère y divide su tiempo entre su familia y la montaña. Su obra es una invitación a escuchar y compartir para reconocer juntos nuestras diferencias y denunciar la exclusión. *Les Mohamed* es su segunda novela gráfica después de *Le coeur-enclume*, 2008.

Nací en Argel en 1963 y llegué a Francia en 1969. Tenía 6 años y me acuerdo de mi alegría, en el pueblo, cada vez que mi padre regresaba de Francia con regalos y dulces.



Era todo un evento cuando él volvía. Todo el mundo celebraba el regreso del héroe, y yo, yo corría todavía más rápido que los demás. Lo encontraba grande, maravilloso con su bigote negro,



su traje y sus corbatas de colores. Deslizaba mi mano en la suya y esperaba mi regalo: siempre eran unos zapatos de cuero, ¡pero nunca me quedaban bien!



Por eso en cuanto escuché a mi abuela decir, llorando, que mi mamá y yo nos íbamos a vivir a Francia con él, fue el día más feliz de mi vida. Adiós, vida salvaje.



Iba a estar con él, todo el tiempo, en lugar de verlo sólo dos meses al año.



No te imaginas lo emocionado que estaba cuando bajamos del avión en Satolas. Me parecía que la gente nos esperaba en el aeropuerto.



Me di cuenta de que la gente no nos esperaba a nosotros. Es más, ¡ni siquiera nos volteaban a ver y nos empujaban! Después sucedió el asunto de mi mamá y su velo.

Definitivamente tienes que quitarte el velo.

Definitivamente uno no debe diferenciarse.

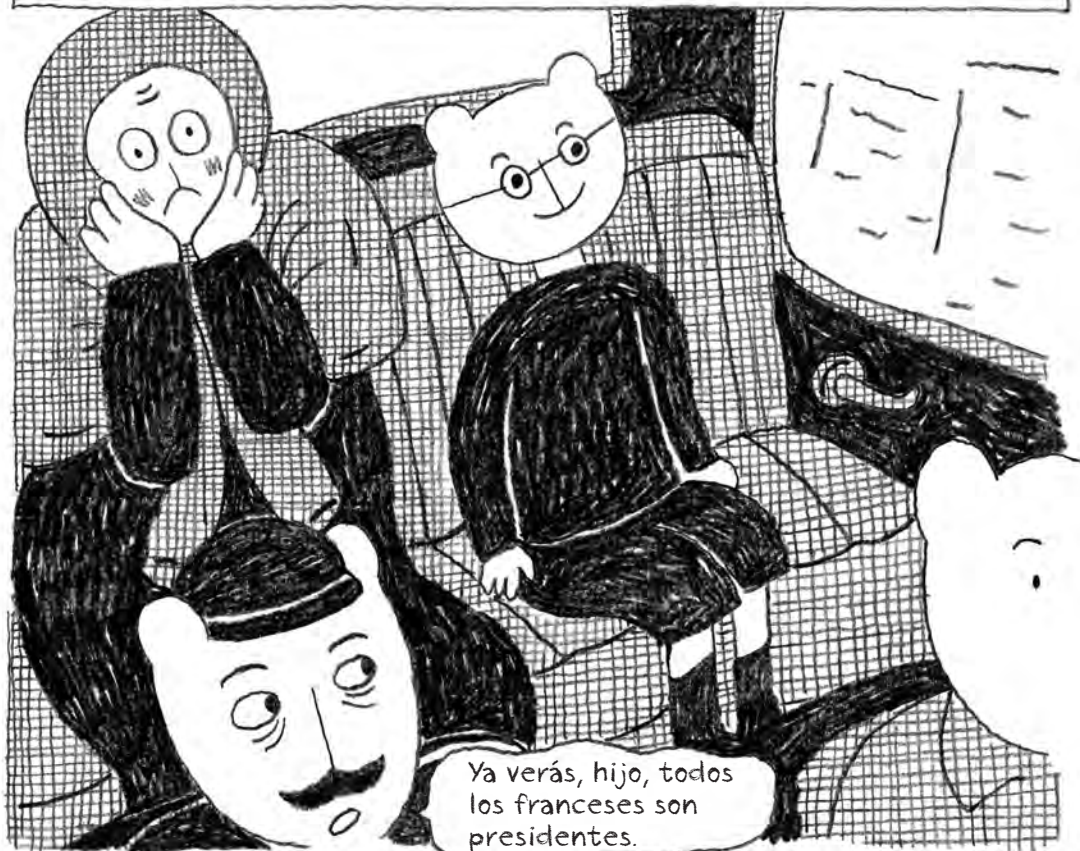
Definitivamente no.



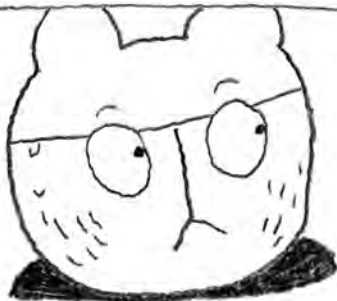
Estuvimos ahí por lo menos una hora. Sin embargo, ella sólo aceptó con la condición de poder esconder su cabeza en su saco. ¡Y yo que me moría de emoción por ver Francia!



Lo que estuvo bien fue el taxi, un coche negro increíble que me parecía inmenso y el recorrido por Lyon, los edificios, las vitrinas, los carteles, cada uno más bello que el anterior, los coches, la gente tan bien vestida.

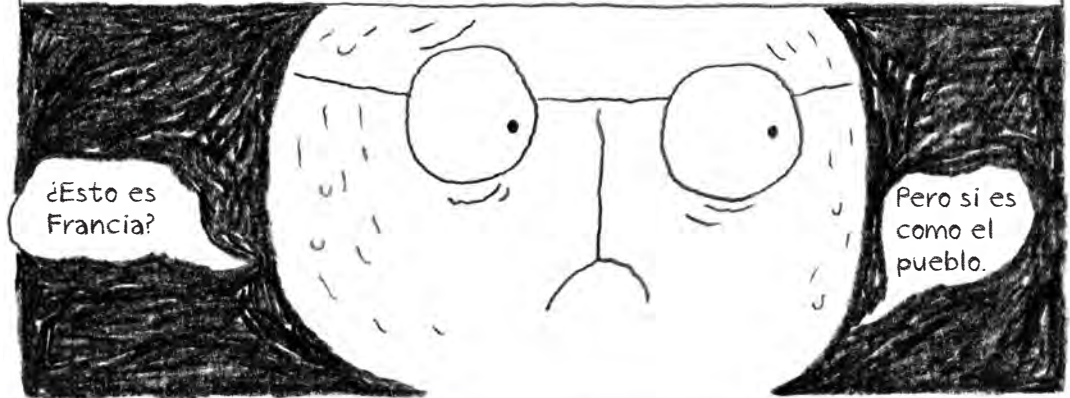


Después de un buen rato el taxi se detuvo en un lugar extraño: casitas en serie, ropa colgada por todas partes, niños todos sucios, mujeres árabes con vestidos hasta los pies recogiendo agua de la fuente, hombres que hablaban muy fuerte en árabe.



¿Ya nos vamos?

Pero mi padre baja las dos maletas del taxi y nos dice que hemos llegado, es ahí donde vamos a vivir. ¡Qué decepción!



¿Esto es Francia?

Pero si es como el pueblo.

Algo que me desilusionó bastante fue que nunca veía a mi padre, sólo un poco los domingos. No sé bien qué hacía, sólo se la pasaba repitiéndome:

Tienes que ser buen estudiante, así tal vez un día te puedes convertir en medio-presidente,



Al principio yo le decía lo mismo a mis hermanos y hermanas:

y tener una buena profesión para cuando regresemos a Argelia.



Debo decir que desde que aprendí a leer y escribir el francés, me tocó encargarme de todos los papeles de la familia.



¡Incluso de los papeles de los vecinos!



Ayudaba a mi mamá con las compras y es así como me convertí en el segundo papá de la casa.



Debo decir también que mi padre prácticamente ya no nos dirigía la palabra.

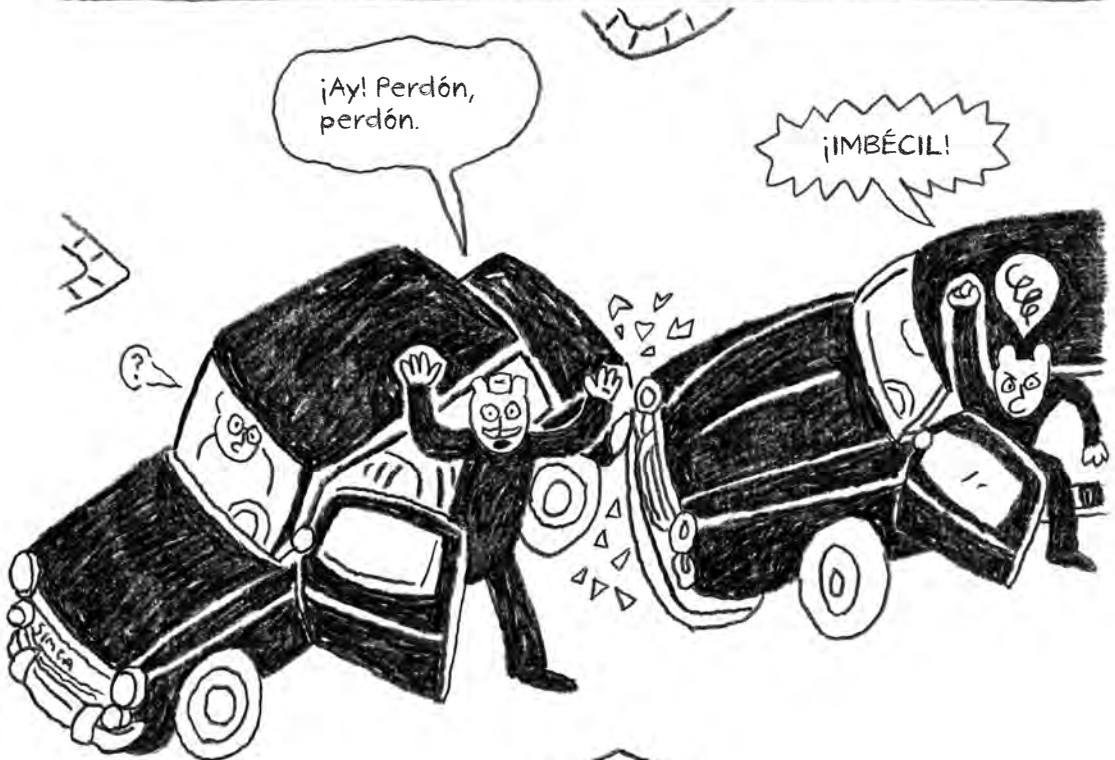


El día que se dio cuenta de que entre nosotros nos hablábamos en francés y particularmente yo, el mayor, le dio una especie de shock. Nunca lo hablamos,



pero lo entendí por sus miradas llenas de reproche.

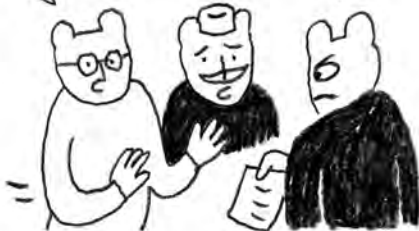
Me acuerdo de la vez que, después de privarnos de muchas cosas, pudimos por fin comprar un coche usado, un Simca 1000. Y en el primer cruce de calle que chocamos con un conductor medio borracho que cometió un error.



Mi padre pide disculpas y le hace reverencias.

Usted tiene que reconocer su error para el acta de hechos.

Perdón.



No, no, yo me disculpo, fue mi culpa. Póngalo en el documento, fue mi culpa.

Es mi culpa.



En el camino de regreso me dijo de todo. Nunca lo había visto así.

No perteneces a este lugar...



Con los dientes apretados, las mandíbulas cerradas, lo escuchaba repetir:

¿Entiendes? No perteneces a este lugar.



Aquí tienes que bajar la mirada, te tienes que callar, ¡no perteneces aquí! ¿Me entiendes? ¡No perteneces!



Si me privo tanto, si me mato trabajando, es porque no tengo más que un objetivo, más que una razón para vivir: ¡construir una casa en Argelia para el día que regresemos!



¿Me entiendes?



Nunca había hablado tanto.